

3. **EROTISMO Y LIBERTAD**

14 DE JULIO DE 2020

ISSN 2660-793X

Fecha de recepción: 09/05/20



Gozar con la caída: el papel del erotismo en “La Regenta”

Andrea Carretero Sanguino

Universidad Complutense de Madrid - csanguino.andrea@gmail.com

#LaRegenta
#Erotismo
#GeorgesBataille
#Naturalismo
#Transgresión
#Sexualidad



Gozar con la caída: el papel del erotismo en *La Regenta*

Andrea Carretero Sanguino

RESUMEN: En los sucesivos análisis que han tratado el erotismo en *La Regenta*, se ha puesto el foco sobre las alusiones eufemísticas a toda actividad sexual o deseo carnal en la novela. No obstante, a la luz de las ideas de Georges Bataille, el erotismo en la obra de Leopoldo Alas adquiere un carácter de transgresión que va más allá de la mera presencia de lo sexual para significar un acercamiento a la quiebra de los valores de la Restauración por medio de un discurso que, a la vez, revela la importancia de la relación entre deseo y contemplación del sufrimiento o, lo que es lo mismo, entre el placer y el dolor. El presente artículo partirá de los distintos puntos desde los que se ha abordado la alusión a lo sexual en la novela, con el fin de poner en el punto de mira los actos que desatan los impulsos de lo erótico: la superación de las prohibiciones.

Palabras clave: *La Regenta*, erotismo, Georges Bataille, naturalismo, sexualidad, transgresión.

Enjoy the fall: the role of eroticism in *La Regenta*.

ABSTRACT: In the reviews of eroticism in *La Regenta*, the focus has been put on euphemistic allusions to the sexual activity or carnal desire in the novel. However, in light of the ideas of Georges Bataille, eroticism in Leopoldo Alas' work acquires a transgression character that goes beyond the presence of the sexual to signify an approach to a breach of the values of the Restoration. This discourse simultaneously reveals the importance of the relationship between desire and contemplation of suffering- in short, between pleasure and pain. This article will pay attention on the different points that the allusion to sexuality has been addressed in the novel, with the objective of illuminate the acts that unleash the impulses of the eroticism: the overcoming of prohibitions.

Key-words: *La Regenta*, eroticism, Georges Bataille, naturalism, sexuality, transgression.

Gozar con la caída: el papel del erotismo en *La Regenta*

Andrea Carretero Sanguino

Tus ayes y los míos son la voz del deseo
encadenado; rompamos esos lazos y
volemos juntos; la primavera nos convida;
cada hoja que nace es una lengua que te
dice: ‘Ven, el misterio dionisiaco te espera’.

(Alas, “Solos” 363)

En 1881 se publica en España *La desheredada* de Benito Pérez Galdós, inaugurando de manera oficial la ya evidente presencia del naturalismo en España. Clarín, que lo considera el mejor novelista español de su época, no tardó en pronunciarse a propósito de los derroteros que iba tomando la narrativa española en las últimas décadas del siglo XIX. En el mismo año en que Isidora Rufete entraba de lleno a formar parte del imaginario del Madrid decadente, Leopoldo Alas —que mucho había hablado sobre la pertinencia de la novela de tesis¹ como forma esencial del realismo— se pronuncia sobre este movimiento primero en el artículo “Del teatro” (Alas, “Solos” 50) en 1881, pero la reflexión alrededor del naturalismo continúa en *La literatura en 1881*, publicado en 1882, y principalmente en los ensayos publicados en *La Diana* en el mismo año bajo el título “Del naturalismo” y en el prólogo a *La cuestión palpitante* (1883) de Pardo Bazán.

¹ Véase “El libre examen y la literatura”, incluido en Solos (1971).

Resulta interesante detenerse en la labor crítica de Clarín, puesto que su figura resulta fundamental en las discusiones que ahondan en las características de este periodo; no obstante, no nos pararemos a discutir sobre las posibles derivas del género en España ni tampoco sobre las diferencias —ya sobradamente cuestionadas— entre la corriente francesa del naturalismo, con Zola a la cabeza, y la española, cuyos mejores representantes han sido ya nombrados en este artículo: Emilia Pardo Bazán, Benito Pérez Galdós y Leopoldo Alas, Clarín.

Juan Oleza, en su estudio introductorio al primer volumen de *La Regenta* presenta un análisis de la estética clariniana que resulta fundamental para entender la posición asumida por Clarín a este respecto. Esta introducción permite comprender la manera en que Leopoldo Alas, de manera similar a sus contemporáneos, llevó a cabo su ejercicio crítico para intentar definir las líneas que seguía la corriente naturalista en España, a la que se adhiere desde muy temprano.

Desde la posición que asume no negará ni dará por obsoleta la novela naturalista, aunque legitimase las corrientes que vinieron después, marcadas por el espiritualismo y más próximas a la novela psicológica, de la que el mismo autor será partícipe con su última novela *Su único hijo* (1891). Esta se encuentra muy cercana ya al Tolstoi de *Resurrección* (1899), precisamente porque “el último Clarín está muy cerca del espiritualismo tolstoiano y muy lejos del utopismo socialista de Zola” (Oleza, “Introducción” 35). De hecho, sus puntualizaciones sobre las diferencias que adquiere la “versión” española frente al naturalismo francés le llevan a intentar definirlo de forma independiente.

Frente a Pardo Bazán, este acepta de pleno el naturalismo francés, aunque infundiéndole un giro que adecúe el movimiento a la situación histórico-social

nacional (35-36). En la exposición de Oleza se pueden hallar los motivos fundamentales que articulan tanto la ficción como la crítica literaria de Clarín, y cómo ambas vertientes se conjugan para conformar una escritura que complementa la creación con la reflexión sobre las derivas literarias de la España de la Restauración. Asimismo, este trabajo dedica varias páginas a la labor crítica de Clarín que, dentro de las discusiones sobre el movimiento naturalista, toma una posición fundada en el problema de la relación del arte con la realidad (37), pues, como se recoge en un fragmento de “Del naturalismo”:

el naturalismo viene a representar ... el advenimiento del arte a la vida plena de la sociedad, para influir y ser influido, para ser al fin realmente un interés serio, de los capitales en la civilización contemporánea. Con ocasión de esto se notará que el arte era antes una esfera inferior, subalterna, por sí y por su valor social; y el naturalismo predica que debe ser actividad de las más atendidas, de las capitales en la vida nacional, y que sólo con sus doctrinas puede lograr esto en nuestros días. (*Ibid.*)

En este sentido, cabría decir que para Clarín el arte deja de ser un juego meramente artístico para asumir la función de análisis de la realidad, convirtiéndose en un elemento de utilidad social, donde la observación se erige como punto esencial para la gestación de la novela. En consecuencia, requiere del elemento psicológico para retratar aquello que resulta característico y representativo de la sociedad, pero se aleja de los postulados de Zola en tanto que estos se vinculan más a lo fisiológico y científico que a lo literario; como afirma Oleza, “en última instancia, Clarín lo que no acepta es la dependencia del naturalismo de ninguna filosofía: si lo que se pretende es reflejar la realidad tal como es, el autor no puede

imponerle su propia ideología a la novela. ... La novela naturalista debe ser un reflejo de la pura realidad en sí misma” (41).

Sin embargo, no resulta llamativo que, como movimiento literario, Clarín vincule el naturalismo con la tendencia progresista en la España decimonónica, pues la corriente naturalista entra en las fronteras nacionales tanto para reflejar los vicios y virtudes de los españoles —y criticarlos si es preciso— como para fomentar un cambio en ellos. La novela naturalista entra como una línea renovadora, tanto del arte como de la sociedad, pues en esta narrativa el protagonismo de lo considerado *feísta* tenía un propósito más allá de servir de espejo a la sociedad: “por el simple hecho de reflejar la realidad de un modo objetivo puede contribuir a crear una conciencia colectiva de esa realidad y, a través de esa conciencia, servir a su transformación. En la medida que el arte refleje más fielmente el mundo, más contribuirá a influir sobre él” (42).

Como en la mayor parte de las novelas realistas europeas, *La Regenta* (1884-1885) trata los enfrentamientos de una sociedad inconforme que busca trascender la realidad circundante, pero los personajes son vencidos en su propósito. No obstante, su singularidad reside en la construcción de los personajes, plenos de matices y cuyos conflictos poseen una cantidad de complejidades que derivan en una gran variedad de subconflictos. Dentro de estos, la presencia que adquiere particularmente el erotismo en la novela de Clarín es de una relevancia particular, pues se halla en la base de la pugna que vive su protagonista, Ana Ozores, pero amplía su campo de acción para abarcar —de forma menos evidente— a toda la sociedad de Vetusta. Esto se debe principalmente a la entrada en la intelectualidad española de las ideas procedentes de Europa, donde el

naturalismo de Zola puso sobre la mesa temas que supusieron en España un intento de transgresión de ciertos valores morales que estaban vedados a la literatura. De la misma manera, estas ideas fomentaron la subversión de la estructura social y política de entonces. En esta línea apunta Santiáñez-Tió que “el naturalismo abre el camino tanto a la experimentación modernista y vanguardista, como a la literatura comprometida, de combate político y social” (585).

Se puede argüir entonces que el naturalismo es modificado y asimilado a la tradición española por la necesidad de un arte nuevo. El naturalismo español se libera de la tesis para abarcar en la materia el espíritu y estudiar la trascendencia que alberga el mundo racional: “el individuo lucha contra la realidad y es vencido, pero ello no es culpa exclusiva de la realidad, sino que el individuo, por algún motivo, también es impuro” (Oleza, “La novela” 35). En este sentido, el escritor naturalista asume una posición de *voyeur* con el objetivo de conocer el conflicto que se genera entre la impureza del hombre y la realidad circundante que lo empuja a transgredir sus propias limitaciones y, en consecuencia, a perderse. Claro ejemplo de ello encontramos en *La Regenta*: desde las primeras páginas el Magistral, desde la torre de la catedral, revela los intersticios de la realidad vetustense:

el Magistral, olvidado de los campaneros, paseaba lentamente sus miradas por la ciudad escudriñando sus rincones, levantando con la imaginación los techos, aplicando su espíritu a aquella inspección minuciosa, como el naturalista estudia con poderoso microscopio las pequeñeces de los cuerpos. ... Vetusta era su pasión y su presa. Mientras los demás le tenían por sabio teólogo, filósofo y jurisconsulto, él estimaba sobre todas su ciencia de Vetusta. La conocía palmo a palmo, por dentro y por fuera, por el alma y por

el cuerpo, había escudriñado los rincones de las conciencias y los rincones de las casas. Lo que sentía en presencia de la heroica ciudad era gula; hacía su anatomía, no como el fisiólogo que sólo quiere estudiar, sino como el gastrónomo que busca los bocados apetitosos; no aplicaba el escalpelo sino el trinchante. (Alas, “La Regenta” vol. I, 177)

Si la novela realista ha de ser fiel a la realidad representada, en tanto que la moral social posee restricciones en lo relacionado con el amor y con las relaciones sexuales, el ejercicio narrativo deberá elegir los mismos modos de actuación, eludiendo la referencia explícita a todo aquello que la moral condena. La nueva expresión que requiere el empleo de temas como el cuerpo, el deseo y la espiritualidad, implica para los autores la búsqueda de un nuevo lenguaje artístico, provocando, con una fuerte presencia del erotismo, que se muestren los instintos más básicos del hombre de forma eufemística. En consecuencia, en el afán subversivo que adquiere, la novela naturalista ahonda en lo marginal, en las bajas de la sociedad decimonónica, donde lo sexual —como se ha mencionado— toma un papel importante en la construcción de los personajes y el desarrollo de los conflictos en que se ven inmersos:

Se consolida en literatura la presencia de las masas urbanas, de grupos de delincuentes y de marginados sociales como el criminal y la prostituta, de peleas callejeras, del lenguaje popular y de germanía; se describe la latente o manifiesta sexualidad de los protagonistas, las vicisitudes y problemas del Deseo, los partos y los asesinatos, los incestos y las ventas que algunos padres hacen de sus hijos. El ser humano aparece, en las novelas naturalistas, en toda su bestialidad. (Santiáñez-Tió 592)

Particularmente en el caso que nos ocupa, Clarín en *La Regenta* alude a lo sexual siempre bajo la máscara del eufemismo, de la sutil sugerencia, que, no obstante, permite al lector llevar esas insinuaciones a la imaginación, donde la realidad se expande y ensancha, a sabiendas del autor. Esto se debe a las convenciones de la moral social, pues, aunque las novelas afines a la corriente naturalista pretendan aplicar el escalpelo en un intento de disección y acceso a todos los intersticios de la sociedad, todavía existen ciertas limitaciones. El erotismo en el siglo xix seguía siendo tema tabú y su aparición en la novela está sujeta a la transgresión de los valores establecidos, amparados bajo la doctrina católica; por ello, la expresión de la sexualidad se da de manera velada, tanto en un nivel superior por parte del autor en la novela, como en un nivel más interno en cuanto a la expresión de los personajes,

pero el discurso erótico del naturalismo va más allá, por lo demás, de la simple transcripción de pulsiones libidinosas. En su interés por una literatura crítica y comprometida, los naturalistas enmarcan siempre las tendencias eróticas de sus personajes en un contexto social. El erotismo del naturalismo pretende cuestionar, en último término, la política sexual de su sociedad.

(595)

Es evidente la conformidad de Clarín con las normas que codifican la presencia de lo erótico en la novela, pero no por ello el texto rechaza una lectura más profunda sobre el erotismo, más allá de la mera representación de lo carnal y sexual. Los códigos que rigen la construcción de la novela realista-naturalista en España abogan por un exceso en las descripciones, un detallismo y fractalidad que, expandidos, multiplicados, permiten el retrato completo de una sociedad. En este

sentido, Clarín podía reflejar con todo lujo de detalles la alcoba de Ana, su comportamiento, hasta sus pensamientos más profundos, pero con dificultades podría referirse a la actividad sexual si no era mediante la metáfora, que implica en cierta medida la omisión. Entonces, ¿cómo puede ser que, con tales leyes marcando la presencia del sexo en la novela, Clarín pueda reflejar un ambiente pleno de alusiones a la actividad sexual, saturado de erotismo?

La crítica ha apuntado que la expresión de lo erótico se lleva a cabo a través de las metáforas de lo sensorial, y a este respecto, señala Jean François Botrel que la subversión de las normas morales, religiosas y sociales impuestas sobre la actitud y la vestimenta de las mujeres en relación con el erotismo se da principalmente a través del sentido de la vista, pues hace hincapié en el conflicto visibilidad/invisibilidad como un indicador de presencia de lo erótico en la novela de Clarín (118). Cabe señalar que estudios como este, el de Ortiz Canseco (2005) o el de Sonia Núñez Puente (1999) se centran más en el deseo velado y el eros limitado y constreñido por la realidad social que realmente en una reflexión profunda sobre el erotismo entendido según las ideas que plantea Georges Bataille en *El erotismo* (1997).

En consecuencia, esta segunda parte del artículo versará sobre ciertos pasajes de la novela de Clarín a la luz de los planteamientos tanto del pensador francés, como de las teorías de Susan Sontag (2013) y de Julia Kristeva (1988). En particular serán objeto de investigación los aspectos vinculados con el terreno de lo abyecto, por ser el motivo principal que lleva a Ana Ozores al desasosiego que implica enfrentarse a una posible transgresión de los límites socialmente establecidos. En la misma línea, es necesario tener en cuenta la tensión entre el

dolor y el placer a la que se ve abocada la Regenta, concretamente en episodios como la procesión del Viernes Santo, donde ella también es objeto de contemplación y deseo al mismo tiempo que siente repulsión y vergüenza de sí misma.

Entendiendo el cuerpo como un generador de significado, en el caso de la novela naturalista asume la función de metáfora de una posición ideológica. Aunque el propósito teórico de esta corriente era proyectar un reflejo de la realidad alejándose de determinaciones filosóficas, es evidente, como defiende Gonzalo Navajas, que “Ana Ozores revela la imposibilidad de negar los impulsos del cuerpo que, en su caso, emergen de manera caótica y desestabilizadora precisamente porque son sometidos a una prohibición contranatural” (13).

A partir de esta afirmación podemos entender que la fuerza que empuja a Ana Ozores a caer —a transgredir los límites— procede del terreno de la abyección, definido por Kristeva como “aquello que perturba una identidad, un sistema, un orden. Aquello que no respeta los límites, los lugares, las reglas. La complicidad, lo ambiguo, lo mixto. ... Todo crimen, porque señala la fragilidad de la ley, es abyecto” (11), pues la tensión entre la atracción y el rechazo hacia el acto prohibido, el adulterio, contraviene toda ley moral impuesta. Por otro lado, aunque no de forma tan evidente, su relación con el Magistral de Vetusta, Fermín de Pas, adquiere tintes obscenos, entendiendo este término como “la perturbación que altera el estado de los cuerpos” (Bataille 22), que coincide con el erotismo en tanto que supone el desequilibrio que provoca el cuestionamiento del ser sobre sí mismo (35). Es precisamente este desequilibrio el que encontramos en el comportamiento de Ana, dividida entre la devoción y la piedad de un lado, y el deseo carnal, de otro.

Las ideas de Bataille apuntan hacia una comprensión del erotismo como una perturbación de las leyes, en este caso sociales, morales, religiosas y políticas, que “deja entrever el *reverso* de una fachada cuya apariencia correcta nunca es desmentida; en ese *reverso* se revelan sentimientos, partes del cuerpo y maneras de ser que comúnmente nos dan *vergüenza*” (115).

Cuando Ana Ozores se esconde en su alcoba, escribe y se flagela, el sufrimiento que experimenta es tal porque conoce su propia atracción hacia la violación de la ley, y teme su deseo, precisamente porque lo abyecto se apodera del sujeto, haciéndole ver aquello que desconocía de su propio ser y provocando el cuestionamiento de sí mismo. Ana quiere caer, pero experimenta el vértigo ante el abismo en repetidas ocasiones, y lo rechaza, fortaleciendo su falso convencimiento de ser la mujer casta y pura que toda Vetusta ve en ella, aunque sea apenas una fachada:

Ana no se entrega nunca por entero a ninguna de sus decisiones de cambio de vida, no está dispuesta a salir nunca por completo de sí misma, a abandonarse. Todo lo que sea actividad despierta en ella defensas instintivas: bien sea el adulterio o la religiosidad activa. Ella prefiere la contemplación vaga, soñadora, el autoanálisis meticuloso, las divagaciones y lucubraciones. [...] Su miedo a la aventura real, peligrosa, lo disfraza ella con el concepto del deber hacia su marido, a quien ama, es cierto, pero a quien considera un pobre idiota. (Oleza, “Introducción” 99)

De esta manera se evidencia hacia el final de la primera parte de la novela donde Ana, ya fuera de sí, reconoce su propio deseo y la perturbación que este acarrea:

Nunca, nunca accedería ella a satisfacer las ansias que aquellas miradas le revelaban con muda elocuencia; sería virtuosa siempre, consumaría el sacrificio, su don Víctor y nada más, es decir, nada; pero la nada era su dote de amor. ¡Mas renunciar a la tentación misma! Esto era demasiado. La tentación era suya, su único placer. ¡Bastante hacía con no dejarse vencer, pero quería dejarse tentar! (Alas, “La Regenta” vol. 1, 517)

Tanto Álvaro Mesía, el donjuán, como el Magistral Fermín de Pas desean poseer a la Regenta. Por parte del primero son claros los objetivos, aunque tras la fachada de un simple adulterio se esconda su motivación principal: provocar que Ana cruce los límites. Es decir, el objetivo de Mesía no es tanto la posesión sexual como demostrar la evidencia de la fuerza de las pasiones. En el caso del canónigo encuentra el lector a un hombre movido también por un deseo de posesión que trastoca su rumbo:

Aquello era vivir; lo demás era vegetar. Ana era, al fin, todo aquello que él había soñado, lo que una voz secreta le había dicho el día en que ella se había acercado por primera vez a su confesonario. Seguía el Magistral ocultándose a sí mismo las ramificaciones carnales que pudiera tener aquella pasión ideal que ya se confesaban los dos *hermanos*; no quería pensar en esto, no quería sustos de conciencia ni peligros de otro género, no quería más que gozar aquella dicha que se le entraba por el alma. (Alas, “Las Regenta” vol. 2, 300)

En un primer momento, Fermín de Pas busca la dominación de Ana Ozores mediante la palabra, para alejar sus deseos del límite de la transgresión, y su triunfo se materializa en el pasaje de la procesión del Viernes Santo. Sin embargo, una vez

Ana es consciente de haber cruzado la frontera que la aleja de la mera devoción religiosa para aproximarse a ser objeto de dominación, pues no se halla sometida sólo a las fuerzas espirituales del Magistral, sino que se ve también bajo el yugo moral de Vetusta, su ser se ve invadido por un rechazo absoluto de la figura de Fermín de Pas. Este conflicto puede entenderse a su vez como otra forma de abyección, que esta vez procede de la perturbación de las leyes que rigen la religiosidad vetustense.

El impulso del que habla Bataille es aquel marcado por una violencia que aleja al hombre del pensamiento racional y provoca un movimiento en favor del deseo, que implica la transgresión de las prohibiciones y le hace perderse; no obstante, es un impulso que —aunque condena— resulta liberador. Erotismo y libertad se conjugan en esta obra como consecuencia de los impulsos que mueven las pasiones de Ana Ozores y de Fermín de Pas.

En el caso de la protagonista, las fuerzas que la empujan a la transgresión del límite que tiene que ver con el placer carnal llevan su deseo hacia la libertad, empero, pagando el precio del rechazo por parte de la sociedad. La lujuria satura el ambiente de Vetusta, viola los mecanismos de control, pero —de la misma manera que la norma literaria se lo exige a Clarín— esa violación debe darse en un segundo plano, nunca de forma evidente, siempre manteniéndose en el terreno marginal de la abyección, pues su expresión quebraría una ley que debe mantenerse. En el caso de Ana, lo abyecto permanece de manera constante en su interior, vinculado al terreno del espíritu: “Amaré, lo amaré todo, lloraré de amor, soñaré como quiera y con quien quiera; no pecaré mi cuerpo, pero el alma la tendré anegada en el placer

de sentir esas cosas prohibidas por quien no es capaz de comprenderlas” (Alas, “La Regenta” vol. 2, 105)

En el segundo caso, pero como consecuencia de la transgresión de Ana, los impulsos del Magistral que se habían mantenido bajo su férreo dominio, quedan desatados en una carta que revela la caída. En ella, Fermín de Pas cruza el límite que separa su ser religioso de su ser carnal, pues sus ansias de posesión —que habían estado dominadas por el poder de la palabra— toman los derroteros de la atracción física: se ve obligado, por haber roto la ley de la sotana (aunque sólo haya sido de palabra y pensamiento) al cuestionamiento de su propio ser:

Sí, sí, —decía—, yo me lo negaba a mí mismo, pero te quería para mí; quería allá en el fondo de mis entrañas, sin saberlo, como respiro sin pensar en ello, quería poseerte, llegar a enseñarte que el amor, nuestro amor, debía ser lo primero; que lo demás era mentira, cosa de niños, conversación inútil; que era lo único real, lo único serio el quererme, sobre todo yo a ti, y huir si hacía falta; y arrojar yo la máscara, y la ropa negra, y ser quien soy, lejos de aquí donde no lo puedo ser. (Alas, “La Regenta” vol. 2, 653)

Fermín, a diferencia de Ana, podría acceder a la libertad que implicaría librarse de la sotana, pero el vértigo que le produce una transgresión real de la ley es tal que el rechazo supera la atracción. Como consecuencia, ambos personajes se ven abocados al derrumbe.

El erotismo, como agente de la perturbación del orden y vida regulares, se encuentra en el fondo mismo, no sólo de los cuerpos individuales, sino en el cuerpo colectivo que representa la ciudad de Vetusta. Sin embargo, es Ana Ozores quien introduce los impulsos violentos que potencian esa transgresión. Es ella quien vive

la religiosidad con tal fervor que despierta las pasiones carnales del canónigo, también quien desvela los oscuros deseos de personajes como Visitación Olías y Obdulia Fandiño al verla descalza cumpliendo su penitencia, y, asimismo, son el hastío y la prosa que parasita toda la ciudad las causas de su pérdida. Frente a ello, Ana no rechaza mirar al abismo y se sumerge, gozando en la caída. No obstante, la consecuencia no otorga un valor positivo a su rebeldía, por el contrario, condena al personaje a los márgenes de la moralidad y la vida social.

Hablaban mal de Ana Ozores todas las mujeres de Vetusta, y hasta la envidiaban y despellejaban muchos hombres con alma como la de aquellas mujeres. Gloucester en el cabildo, don Custodio a su lado, hablaban de escándalo, de hipocresía, de perversión, de extravíos babilónicos; y en el Casino, Ronzal. Foja, los Orgaz echaban lodo con las manos sobre la honra difunta de aquella pobre viuda encerrada entre cuatro paredes.

Obdulia Fandiño, pocas horas después de saberse en el pueblo la catástrofe, había salido a la calle con su sombrero más grande y su vestido más apretado a las piernas y sus faldas más crujientes, a tomar el aire de la maledicencia, a olfatear el escándalo, a saborear el dejo del crimen que pasaba de boca en boca como una golosina que lamían todos, disimulando el placer de aquella dulzura pegajosa.

‘¿Ven ustedes? —decían las miradas triunfantes de la Fandiño—. Todas somos iguales’. (Alas, “La Regenta” vol. 2, 585)

Por ello podemos decir que su libertad se encuentra en el margen, pues pertenece al terreno de la abyección que, en pleno siglo XIX, puede ser cuestionado, pero nunca transgredido *de facto*, pues el acercamiento a los límites

de la ley implica una condena. Sin embargo, Leopoldo Alas deja una puerta abierta como una esperanza de que la protagonista, a fuerza de caer, consiga establecer un pacto con la sociedad, más que adaptándose, resignándose a ella. Ana Ozores acude de nuevo, como en el comienzo de la novela, a los pies del Magistral a confesar sus pecados buscando en ello la solución a su angustia vital.

Bibliografía

- Alas, Leopoldo. *La Regenta*. 2 vol. Edición de Juan Oleza, Cátedra, Madrid, 2015.
- , *Solos de Clarín*. Alianza Editorial, Madrid, 1971.
- Bataille, Georges. *El erotismo*. Tusquets, Barcelona, 1997.
- Botrel, Jean-François. "Alquimia y saturación del erotismo en *La Regenta*." *Discurso erótico y discurso transgresor en la cultura peninsular, siglos XI al XX*. Edición de Myriam Díaz-Diocaretz et. al. Ediciones Tuero, Madrid, 1992, pp. 109-27.
- Faúndez V., Edson. "Mímesis y deseo en la novela realista decimonónica: *La Regenta*, de Leopoldo Alas, 'Clarín' (Segunda parte)." *Acta literaria*, no. 45, 2012, pp. 101-16.
- Kristeva, Julia. *Poderes de la perversión: ensayo sobre Louis-Ferdinand Céline*. Siglo XXI, México, 1988.
- Núñez Puente, Sonia. "De la carne a la estatua: fetichismo y representación en *La Regenta*." *Verba Hispánica*, vol. 8, no. 1, 1999, pp. 141-45.
- Oleza, Juan. "Introducción.", *La Regenta*, vol. I, Cátedra, Madrid, 2015, pp. 11-153.
- , *La novela de siglo XIX: del parto a la crisis de una ideología*. Editorial Bello, Valencia, 1976.
- Ortiz Canseco, Marta. "Sentidos y sensualidad pervertida... erotismo y terror en *La Regenta*." *Verba Hispánica*, vol. 13, no. 1, 2005, pp. 29-43.
- Santiáñez-Tió, Nil. "En el umbral de las vanguardias: deseo y subversión en la novela naturalista española." *Bulletin Hispanique*, vol. 97, no. 2, 1995, pp. 583-604.

Sontag, Susan. *Ante el dolor de los demás*. Random House Mondadori, Barcelona, 2013.